Testo 3.1

Bernal Díaz del Castillo - Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

L'opera di Díaz del Castillo è ricchissima di episodi e di personaggi che sono poi rimasti nella cultura ispanoamericana, grazie all'attenzione per i dettagli anche minimi, che il narratore-testimone dissemina nel testo per dimostrare la sua partecipazione diretta agli eventi, e che permettono al lettore di ricostruire non solo gli eventi, ma anche le emozioni e gli effetti che essi ebbero sui protagonisti di quelle imprese.
Il primo episodio è quello in cui gli spagnoli ritrovano due naufraghi della spedizione di Grijalva che erano stati fatti prigionieri dai Maya. Uno di essi, Aguilar, mostra tutta la sua felicità per essere stato liberato, mentre l'altro, che qui viene chiamato Guerrero, ma sul cui nome vero si hanno molti dubbi, si rifiuta di tornare con gli spagnoli. Díaz del Castillo costruisce un dialogo tra i due spagnoli, in cui a un certo punto interviene la moglie di Guerrero, personaggio probabilmente inventato, con espressioni di rimprovero curiose e risentite.

Capítulo XXVII
Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo

[...] y luego [Cortés] mandó apercibir dos navíos [...] y por capitán dellos a Diego de Ordás; y mandó que estuviesen en la costa de la punta de Cotoche, aguardando ocho días en el navío mayor; y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían [...]; y escrita la carta, decía en ella: "Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí en Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiereis menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis, y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan, etc.". Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y después que las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia; la cual luego la dio para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió: "Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios; que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas; ¿qué dirán de mí cuando me vean esos españoles ir desta manera? Y ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra"; y asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: "Mirá con qué viene este esclavo a llamar a mi marido: íos vos, y no curéis de más pláticas"; y el Aguilar tornó a hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si nos los quería dejar; y por más que dijo y amonestó, no quiso venir. Y parece ser que aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos.

Il secondo brano contiene una visione che i soldati spagnoli hanno di Tenochtitlan da lontano, che registra la sorpresa di trovarsi davanti a "cose mai viste e sognate", ma alla fine anche la tristezza di sapere che tutto quello è ormai scomparso per sempre.

Capítulo LXXXVII

Cómo el gran Montezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro y mantas, y lo que le dijeron a Cortés, y lo que les respondió.

[...] y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís[1], por las grandes torres y cues[2] y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas, como vimos. Pues cuando llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, que fue el señor del pueblo, que se decía Coadlauaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma; y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasarlo, que no me hartaba de mirarlo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otras cosas de ver, que podrían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenía hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que había harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas; porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él[3]. Ahora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie.

[1] *Amadís de Gaula*, libro di cavalleria scritto da Garci Rodríguez de Montalvo e pubblicato nel 1508, conobbe una straordinaria fortuna nella Spagna del ‘500: circa trenta edizioni, e una serie di continuazioni a loro volta pluriristampate.

[2] Parola *náhuatl* che Bernal Díaz usa per indicare i templi aztechi (in náhuatl “teocalli”).

[3] La conquista del Perù, di cui fu protagonista Francisco Pizarro, avvenne infatti tra il 1531 e il 1534.